



Libertad



Lo mismo.



SEMANARIO DEL FRENTE

•
DIVISION "D"
C U E N C A
•

AÑO I

NUM. I

LO MISMO

Lo mismo ahora que en otras épocas.

La bestia invasora, a falta de argumentos que justificarán el empleo de la fuerza, destroza, incendia y mata.

La bestia no puede encontrar nunca justificación a sus bestialidades.

Antes, ahora y siempre, ha sido, es y será lo mismo.

Lo mismo.

PALABRAS DEL COMISARIO

UNA TAREA GIGANTE Y GLORIOSA



Camaradas soldados:

Hace once meses que peleamos sin tregua ni descanso. Once meses de gloria y sangre, de heroísmos y esfuerzos, de muerte y sacrificio. Once meses luchando contra las hordas invasoras de nuestro país. Once meses empeñados en una contienda descomunal, asombrando al mundo con nuestro esfuerzo y marcando el camino a seguir a todos los pueblos libres de la tierra. Yo sé, tan bien como vosotros, todas las amarguras que esta guerra encierra: nuestra tierra ensangrentada, nuestras casas deshechas, nuestros hermanos muertos, nuestras mujeres con una lágrima clavada en las mejillas como una cruz de dolor. Pero sé también, como lo sabéis vosotros, toda la grandeza trascendental de esta batalla. Luchamos, no para domoñar a los demás, no para oprimir a nadie, sino para conquistar nuestra propia independencia. Peleamos en ésta que, con frase de Cervantes, podríamos llamar «la más grande ocasión que vieron los siglos», para acabar con la miseria, con la esclavitud y con el hambre. Queremos que el mundo, lleno de tinieblas ayer, deje paso franco a una sociedad sin amos ni explotadores, igualitaria y justa, donde todos los hombres podamos llamarnos hermanos.

No fuimos nosotros quienes desencadenamos la lucha. Pero, una vez emprendida, no hemos de retroceder por nada ni por nadie. No podemos retroceder. El dilema planteado ante nosotros es claro y tajante: o triunfantes y libres, o vencidos y muertos. Tenemos una seguridad absoluta en la victoria. Porque tenemos la razón, en primer término. Y, también, porque tenemos la fuerza. Hubo un momento, hace ya varios meses, en que pudo creerse la victoria en peligro, frente a la superioridad de armas del enemigo. Hoy tenemos cuanto tienen nuestros adversarios. Y algo que no tendrán ellos nunca: un ideal que defender, un mañana luminoso y riente que conquistar, unas cadenas que perder para siempre.

Todos los que luchamos en esta División, como en todas las Divisiones del Ejército del pueblo, somos trabajadores. Yo soy ferroviario, otros son albañiles, metalúrgicos, empleados, campesinos o pescadores. Todos teníamos un jornal escaso, muchas necesidades sin cubrir, un hambre insaciable de pan y de justicia. Mientras los mejores campos de España estaban improductivos, mientras los toros de lidia pisoteaban las tierras feraces de la Baja Andalucía, mientras los campesinos morían de inanición y los obreros teníamos que lanzarnos a paros y huelgas para conseguir mejorar ligeramente nuestra triste condición, había una muchedumbre de vagos, de parásitos, de señoritos que vivían y medraban a costa nuestra. En la España rural, eran el cacique y el cura, el terrateniente y el guardia; en las ciudades, todos esos y muchos más. No hacían nada, no producían nada, no trabajaban nada. Pero lo consumían todo. Los mejores frutos del suelo y lo mejor de nuestras energías. Eran millares y millares de chupópteros, una plaga terrible que agotaba las energías nacionales, que engordaba a costa de nuestro sudor y de nuestra miseria. Hoy, antes ya de terminar la guerra, todo eso ha pasado. Ya no quedan terratenientes; ya no quedan curas; ya no quedan señoritos ni millonarios. Cuando la victoria sea nuestra, cuando cada uno volvamos a nuestra labor; cuando, dejando los fusiles triunfadores, retornemos a las tierras y a las fábricas, a los talleres y a los campos, trabajaremos con alegría. Nadie podrá explotarnos ya. Nadie podrá lucrarse con nuestro sacrificio y con nuestra sangre. Ya no estará, levantado sobre nuestras espaldas, el látigo del terrateniente; ya no tendremos, tras de nosotros, el fusil amenazador del Guardia civil; ya no habrá millonarios que derrochen en juergas lo que robaron a los trabajadores. Habrá una España nueva, libre, feliz. Habrá una sociedad distinta, comprensiva y humana. Habrá una nación de trabajadores, donde todos tengamos el orgullo de sabernos iguales.

Por eso, por todo eso, combatimos hoy. ¡Qué importan los dolores y las amarguras del momento, frente a la grandeza de nuestra labor! ¡Qué importa caer, cuando se sabe que los compañeros completarán la obra, cuando se tiene la certeza absoluta de que nuestros hijos serán libres y nuestras compañeras no pasarán hambre! Es dolorosa nuestra tarea de hoy. Es dolorosa y sangrienta como todo parto. Pero también nosotros, como todas las madres, tendremos mañana el orgullo de haber parido, con dolor, una revolución magnífica que dignifique a los hombres y que llene de asombro a todos los pueblos de la tierra.

VILLANUEVA,

Comisario de la División de Cuenca.

El claro significado de nuestra lucha

Dos mundos frente a frente

Frente a frente, empeñados en una lucha a muerte, hay dos ejércitos en España. De un lado, mas allá de nuestras trincheras, están los extranjeros y los traidores; las cabezas cuadradas de la «Reichswer» y los charolados tricornos de la Guardia civil; las hordas salvajes del Kit y Yedala, y los bambinos aleminados de Benito Mussolini; la España negra y podrida de los desastres y las verguenzas, en monstruoso maridaje con las bestias destructoras de la civilización. Del otro lado, junto a nosotros, con nosotros, toda la España productora y libre; obreros industriales y trabajadores del agro; pescadores y marineros, intelectuales y empleados, propietarios de Madrid o Barcelona y campesinos terrosos de Castilla, Levante, Andalucía y Extremadura. Bien dennidos—un abismo en medio—los dos campos. En uno los hombres del ayer, los que desean resucitar regimenes muertos para siempre, los amigos del privilegio, de la explotación, de la esclavitud y de la barbarie, capaces de vender su patria a los dictadores italo-germánicos. En otro los hombres del mañana, los que sueñan con nobles ideales, los defensores de la justicia, del trabajo, de la libertad, capaces de perder alegres sus vidas para formar con sus cuerpos muertos el dique donde se rompan los dientes las hienas fascistas que desean adueñarse de nuestro país. A un lado de las trincheras, el siglo XV, el feudalismo, la inquisición, el salvajismo y el odio. Al otro, el siglo XX, la libertad, la Anarquía, el progreso y el amor.

Empeñada la lucha a muerte, la victoria será nuestra. Ningún río remonta su cauce. La Humanidad tampoco retrocede. Camina con paso lento unas veces, a saltos otras. Pero siempre hacia adelante. Ahora, en la España estancada y muerta, en la España dominada por la clerecía y el fanatismo, por los militares traidores y los terratenientes bárbaros, nos ha llegado el momento de caminar a saltos. Son inútiles todas las ayudas extranjeras; son estériles los hombres y el material que Franco reciba de sus amos de Roma y Berlín. Nada ni nadie puede cortar el camino de un pueblo. No hay dique capaz de contener la avalancha de un proletariado que encuentra su ruta y marcha, con un noble ideal grabado a fuego en el cerebro, en busca de su libertad. Se alargará la guerra, caerán unos millares más de italianos y alemanes; contemplaremos los desgarrones que la metralla extranjera causa en nuestras ciudades. Pero el triunfo será nuestro.

Sin terminar la lucha, sin haber logrado aún el exterminio de nuestros enemigos, ya vemos cómo se cumple inexorable la justicia del pueblo. Uno tras otro van muriendo los jefes de la traición. Uno tras otro cayeron los generales Goded, Fanjul, Fernández Buruel, Barrera, Balmes, Sanjurjo, Patxot, García de la Herranz, López Ochoa, Cavalcanti, Fernández Pérez, Villegas, Capaz y Mola. Uno tras otro fueron cayendo políticos como Calvo Sotelo, Salazar Alonso, Albiñana, Melquiades Alvarez, Primo de Rivera, Samper y Martínez de Velasco. Uno tras otro irán cayendo, en lo sucesivo, Franco y Queipo, Varela y Yagüe, Lerroux y Gil Robles. Ni uno solo escapará. Escóndanse donde se escondan, allí les encontrará la justicia inexorable del pueblo. Todos, absolutamente todos, pagarán sus culpas al precio de su propia vida.

Y lo mismo que los traidores nacionales, sus empresarios extranjeros. Los pueblos de Portugal, Alemania e Italia empiezan a cansarse de sus tiranos. Nuestra lucha es decisiva también para todos ellos. Vencido el fascismo aquí, hundido el prestigio bélico forjado a fuerza de publicidad, destrozado a canonazos el fantasma con que pretendieron aterrar a Europa, los trabajadores se levantarán contra quienes les empujan a la guerra, a la destrucción y a la muerte. Contra Oliveira Salazar—sangriento muñeco manejado por la curia del Vaticano—ya empiezan a alzarse los portugueses. Contra Hitler toda la población alemana. Contra Mussolini aparecen ya carteles y se forman manifestaciones en las propias ciudades italianas. También con estos tiranos, también con estos fantoches, se cumplirá la justicia del pueblo.

Tengamos, hoy más que nunca, confianza absoluta en nuestra victoria. Si hasta aquí no pudieron vencernos, ya no podrán vencernos en adelante. Cada día que pasa es un nuevo tanto a nuestro favor. Cada hora que transcurre se perfecciona nuestro Ejército, se mejora nuestro armamento, se eleva nuestra moral. Cada minuto que suena en el reloj, es un paso firme hacia el aplastamiento de la bestia fascista. En todos los frentes, la suerte se inclina de nuestro lado. En todos los sectores, se registran a diario victorias nuevas. Y todas ellas, juntas unidas, formarán la gran victoria final que será la liberación definitiva del pueblo español y el hundimiento de todos los tiranos de Europa.

Todos conocemos algo del pasado, como si lo hubiéramos vivido. Aún los años más remotos a nuestra existencia, pues nuestros grandes sociólogos, en sus libros llenos de rebeldías, nos han hecho aparecer ante nuestras retinas los cuadros vivientes de aquellos lejanos tiempos de esclavos que Espartacus redimió, sin haber podido extirpar las cadenas, que aún siglos consecutivos han seguido oprimiendo la vida de la humanidad.

Y, de esta forma, el progreso que no muere, que es el perfeccionamiento de lo vivo y de lo humano, es la dínamo que impulsa a la humanidad hacia el ideal de redención, libre de toda tiranía, pero que ha sufrido y sufre los procesos



Fecha imperecedera

¡¡18 de julio!!

por la presión de los tentáculos de la hidra del Capital y Religión, llegamos a nuestra fecha, al 18 de julio, fecha que podía representar la perpetuidad de la esclavitud, del crimen, de la tiranía: la retrospectividad a la Edad Media. Fecha que representa la vida, la juventud, la idea, el progreso, la transformación de todo lo viejo y putrefacto; fecha

madre de la REVOLUCION, porque desgarró las entrañas de ese bello día, efectuándose el parto el día 19, con un río de sangre proletaria que aún sangra a torrentes. Y con esta fecha fija en el pensamiento y su hijo del brazo, marchamos hacia el futuro, eliminando con nuestra fuerza, tonificada por nuestro puro ideal que es Amor, Justicia, Fraternal-

dad, a ese óbice de nuestras libertades para su consecución: el fascismo.

Ya este hijo, añorado su nacimiento por todos los oprimidos, no morirá ahogado en su propia sangre, porque su nacimiento no ha sido un aborto, se debe a su ley natural, propia de su tiempo (siglo XX), y es el Mesías que empieza por Iberia su redención y seguirá su camino por todo el orbe, seguido de la juventud, de esta juventud dinámica, guerrera y laboriosa, que atiende su vida y que lo cuidará para que sea grande y bello, y pose sus pies en todo aquello que por ser injusto no deba existir.

J. Márquez.

Ayuntamiento de Madrid

Brigada 61

Estampas de la Revolución

Los desheredados * * *

Horas duras, horas de prueba hemos pasado. Pero, horas de prueba y horas duras nos esperan. No hemos terminado la guerra, no hemos llevado a cabo aún la revolución; nuestro esfuerzo, el de los jóvenes, el de los hombres maduros y el de los viejos debe ir dirigido a dos objetivos: la guerra y la revolución, que se funden en un anhelo común: ¡EL TRIUNFO DE LA CAUSA ANTIFASCISTA!

De Cataluña, de esa hermosa, hospitalaria y acogedora Cataluña, cuyo espectáculo callejero, banalmente frívolo, ha producido dolores y ha arrancado palabras de ira a los que han bajado, tras larga permanencia en los frentes, debe desaparecer todo lo que no sea preocupación por la guerra; y todos los afanes, todos los fervores, todos los entusiasmos y todas las inquietudes deben ir encaminadas a hacer más llevadera, menos angustiosa y trágica la vida de los que, abandonando las comodidades que nos brinda la vida de retaguardia, nos encontramos en primera línea, dispuestos a darlo todo antes que dar paso a nuestros enemigos seculares.

Sin llegar a violencias que debemos reservar para el enemigo; sin que entre vosotros, los que en la retaguardia debéis ser hermanos, haya rozaduras que nos distancien y enojen, ya que toda reyerta nuestra beneficiará al enemigo, todos, como si nos moviera un solo impulso y nos lanzase a ello un solo afán, debemos hacer que esta vida, que hasta ayer fué amorosa y risueña como sus mujeres, recobre el ritmo que tuvo en los días primeros, cuando todos, afanosos de libertad, nos echamos a la calle para sacudir el yugo del capitalismo. **Es necesario, compañeros todos,** que en estos momentos no seamos socialistas, comunistas ni anarquistas.

Ahora, tanto en la calle como en la lucha, debemos ser hermanos que tenemos en pe-

ligro nuestras vidas; debemos formar un bloque inexpugnable de indomables cuerpos y de férreas voluntades, que nadie dominará ni aún mellará; y todo dicho y hecho con cariño, con amor y con la dulzura y la fineza que empleábamos con el hermano cuando, bajo la mirada serena y clara de la madre, jugábamos en el patio de casa; porque esta tierra, tierra de España, es casa nuestra de todos, y esta bondad, bondad revolucionaria, debe presidir nuestro pensamiento y nuestros actos.

Porque si momentos difíciles hemos vivido, no lo son menos los que nos quedan, y los salvaremos mejor abrazados que destrozándonos como fieras a mordiscos.

Hace unos días estuve en Valencia. ¡Qué hermosa capital! La plaza de Tetuán. El ritmo febril de la guerra, tiene aquí un acusado relieve. El ir

y venir de soldados y ambulancias sanitarias que han hecho un alto fugaz en el cumplimiento de su humanitaria misión. Máquinas de combate que sólo esperan la mano del hombre para vomitar su mensaje de muerte y destrucción.

Los hijos del pueblo ya no muestran sus pechos desnudos entre los jirones de sus guerreras. Van y vienen perfectamente uniformados señalando en cada hombre un luchador, mostrándose como sembradores a voleo de las semillas que un día no lejano fructificará en una nueva generación de heroicos guardadores de la libertad.

Dialogan en grupos, con la mirada puesta en una próxima victoria, forjando el hecho de una unión proletaria inquebrantable.

Banderas, más banderas. Corazones de trapo que, al ser besados por el viento, encargan a éste que difunda por el orbe entero cuanta sed de justicia y de amor hay en esta Revolución tan nuestra. ¡ESTAMPA DE GUERRA! la creó el ansia inmensa de borrar para siempre el dolor, de terminar con la miseria de nuestros hermanos, de ser los forjadores de un mundo en el que la justicia sea una para todos. Tomó su vida en un grito unánime del pueblo vejado,



de los que sólo supieron de hambre y de llanto, y sin embargo...

¡Plaza de Tetuán! Junto a las puertas de los cuarteles grupos silenciosos esperan. Los constituyen hombres, mujeres y niños. El estigma de la miseria ha impreso su garra trágica en su rostro. Son los eternos parias, los desheredados de siempre, los que nunca supieron del grato calor de un hogar. Aguardan estoicos la comida que no fué echa para ellos, se alimentan de sobras cuando las hay.

Para estos hombres, para estas mujeres y para estos niños la Revolución va pasando inadvertida. Todavía no ha sido para ellos fuego que calienta y purifica. Tienen el mismo frío de otras épocas, la misma sensación de vacío en sus estómagos; sus ojos, acostumbrados a cerrarse bajo la fría claridad de las estrellas, no han visto aún el resplandor de una nueva aurora que venga a redimirlos. Cuando sienten hablar de una nueva era, sus labios se entreabren escépticos. Oyeron, sí, arengas vibrantes, en las que el amor entre los hombres lo era todo; escucharon, conmovidos, que la desigualdad social es injusta y es cruel. Pero siguen sintiendo los mismos justos rencores, los mismos anhelos y el mismo hambre material que los martirizó siempre.

D. Campos,

Comisario 3.ª Compañía, 3.º Batallón, 61 Brigada Mixta.



Ayuntamiento de Madrid

brigada 60

DEL FRENTE DE ARAGON

El blasón que nos honra y el que nos podrá honrar

Llenos de mugre e inundado nuestro cuerpo por la suciedad de una higiene incompleta, saboreamos la vida del parapeto con ese carácter de hombres conscientes para la lucha. Un chozo formado con material improvisado—piedra y madera colocada a la ventana—, con el color negrusco del humo, vivimos, entre unos pinos, los encargados de defender una parte de esta causa que nos abrirá las puertas de esa libertad total; la libertad que sólo entendemos los trabajadores. Y esta mezcla anti-higiénica, que antes indicamos, es el blasón que nos honra en estos nuestros pequeños sacrificios. Nosotros no hemos aprendido a protestar de nuestra situación, porque nuestro cuerpo es una composición de esa pasta de sacrificios.

Nosotros no hacemos queja de lo que, como es lógico, es causa de esta guerra, porque si se estudia nuestra conciencia sacaremos la conclusión de que admite esta prueba y todas las que sean precisas, por muy duras o penosas que sean. Somos hijos de la revolución, y como tales consagramos de lleno nuestra vida en pro de la humanidad. Y nuestro dolor es que por hoy no podemos darnos la satisfacción—por culpa de lo que sea—de un comportamiento en la ofensiva. No dudamos de que todos los momentos y ocasiones sean de provecho para la guerra, aunque eso represente la paralización de un frente; pero nuestro espíritu nos exige acabar cuanto antes esta contienda criminal y volver a nuestros hogares la tranquilidad a que tienen derecho.

Así, repetimos: La antihi-

giene que, como consecuencia del momento padecemos, la arrostraríamos con bastante más de acuerdo si la padeciéramos actuando de continuo, despejando de estos frentes de Aragón a toda la casta fascista, y sintiéramos que nuestro orgullo se viera coronado por esa misión que ha tiempo tenía que estar cumplida. Es decir, no nos importa vivir en un chozo lleno de humo y sin medios de una limpieza personal; pero ¡cuánto más agradecidos nos sentiríamos si saliéramos de este estancamiento que nos consume espiritualmente, y viéramos que un día la prensa cantara la victoria total sobre el frente aragonés!

Por esto, los que permanecemos casi inactivos, reclamamos más continuidad de acción por este frente; que cuanto antes vayamos cara al enemigo más pronta será su exterminación. Y con este gesto, que es el más acertado, lograríamos un blasón más honroso que el que ya sustentamos con orgullo.

En estas líneas, que nuestro espíritu rebelde ha querido expresar lo que deseamos para conseguir el fin de nuestro cometido, no va impregnada esa literatura de que adornan los que han tenido la suerte de alcanzar una cultura. Nosotros somos los salidos de esta pobre especie expoliada, y toscamente manifestamos nuestras cosas conforme a nuestro deseo.

Los del parapeto número 0. **A. Alvaro, B. Cano, F. Lara, Ramón Dolz, Eulogio Lozano y siete más.**

Segunda Compañía. No-guera (Teruel), 16-5-37.

LA ENSEÑANZA EN LA REVOLUCION

La enseñanza a través de los tiempos casi siempre ha estado dominada por el clero, y el fin que se ha propuesto ha sido nulo, puesto que no le interesaba que el pueblo tuviera cultura alguna.

Desde la Edad Media, la enseñanza fué clerical y anti-libertaria, toda vez que el espíritu del individuo estaba completamente abstraído y cercado de libertad. Más tarde vino la época de las luces y se declararon independientes algunos filósofos e intelectuales, acompañados por el pueblo.

Otros hubo que reformaron la Religión y la Enseñanza, como Martín Lutero (monje agustino), iniciador de la reforma en Alemania, que fué un gran paso para la evolución de la sociedad.

Pero una de las personas que más han influido para la transformación de la enseñanza ha sido el naturalista Juan Jacobo Rousseau, con su obra llamada «El Emilio», en la que educaba a un niño llamado Emilio, hasta que se casó con Sofía, enseñándole un oficio y preparándole para la vida, siendo su educación naturalista y de base revolucionaria.

Rousseau fué de los que más trabajaron para el desarrollo intelectual de la Revolución Francesa, repercutiendo más tarde en todo el mundo.

A través de estos tiempos y salvando muchas luchas intestinas entre la clase aristocrática y el pueblo, llegamos a los tiempos actuales, momentos difíciles y grandes a su vez, por ser el obrero español el que está dando el ejemplo en el mundo entero luchando contra la aristocracia y la burocracia, pues nosotros, los anarquistas, no queremos formar una sociedad en que tengan influencia excesiva los empleados públicos, sino ser todo el mundo igual ante la verdad suprema.

En estos momentos, en los



cuales queremos transformar la sociedad antigua y corrompida, por otra nueva y de igualdad en el proletariado, es cuando la enseñanza ocupa su papel importante, pues de ningún modo puede existir el analfabetismo; es decir, todo lo contrario a lo que hacía la escuela tradicionalista, que ponía una venda en los ojos al obrero y a los hijos de los mismos para que no pudieran llegar al grado de cultura que la gente adinerada.

Nosotros nos imponemos a todo esto, y hoy en plena guerra civil tenemos ya organizadas algunas escuelas racionalistas, en los pueblos cercanos a los frentes, siendo la moral del maestro muy grande para hacer desaparecer el analfabetismo, no sólo en los campesinos y los niños de los pueblos, sino en el mismo soldado del frente y la retaguardia.

Respecto a lo dicho anteriormente se ha podido observar que soldados de la Revolución, que al principio del movimiento se veían en la imposibilidad de poder escribir a sus familiares a no ser por otro compañero, hoy lo hacen ellos por su puño y letra, contándoles a sus hijos, compañeros, amistades, etc., la necesidad de transformar la sociedad por la Revolución.

Estas ideas son inculcadas por la enseñanza racionalista, que, como su nombre indica, en contraposición a la tradicionalista, es la que nos indica las cosas, guiándonos siempre con la RAZON, base de todo sistema educativo.

Así es que, compañeros, debemos pedir **libros y maestros racionalistas** para el frente y la retaguardia, pues al fascismo se le gana empujando en una mano el fusil y con la otra la pluma.

El Cabo de E. M., Maestro de 1.ª Enseñanza, **M. Muñoz.**

Estampas de tiempos viejos

Por las casas colgadas de Cuenca se vierte el torrente de los recuerdos ingratos de tiempos pasados, de tiempos de los que sólo queda el amargor de sus días iguales en el dolor y en la esclavitud.

Pero también la guerra pasa lejos de Cuenca, y en la mirada fija de sus hombres de trabajo no han encontrado destellos las llamadas gigantescas de la hoguera que incendia los campos de otras tierras españolas. Ellos saben que lejos se lucha, se muere y se vence, y se doblan sobre sus instrumentos de trabajo para que

aquellos hermanos desconocidos, que todo lo dan por ellos, sientan a sus espaldas el hálito cálido del apoyo y de la comunidad de ideal y de lucha.

Y, sin embargo, su mirada no alcanza todavía a columbrar las nuevas estructuras. Ellos siguen viendo sus casas colgadas sobre el abismo y siguen viendo a figuras pausadas subiendo las cuestas de la tierra, símbolo exacto de su caminar lento y seguro en los duros repechos que al pueblo español ha ofrecido la guerra y la revolución.

En sus almas cabrillea el sol



Por las casas colgadas de Cuenca se vierte el torrente de los recuerdos...



Y sin embargo, su mirada, no alcanza todavía a Columbrar...

de la esperanza, pero todavía en sus rostros curtidos perdura la expresión quieta e indiferente que toda la vida tuvieron los rostros de sus padres, aquellos de sus abuelos. Y por el ventanuco que alumbra su cuarto, asoma al exterior de luz y color que le brinda el futuro, su cabeza cuajada de deseos y de ilusiones.

Siguen mirando sus casas colgadas sobre el precipicio, horadadas en la roca gigante. Y las mismas figuras decrepitas suben las cuestas de su ciudad. Pero lejos, todavía muy lejos, ven delinearse la aurora tensa de las redenciones.

catadura y semejante calaña.

Y es que estos pobres diablos de la política a la antigua usanza, escudados en la etiqueta de un partido o de una secta, tienen hecha una mentalidad de profesional que les impide asimilarse las enseñanzas de la guerra y las lecciones de la vida en época revolucionaria.

Y es por ello que suponen que al terminar esta contienda podrán volver a tener representación parlamentaria, influencia ministerial y ascendiente con el comercio, la banca y la diplomacia.

No ven, no quieren ver, que en lucha tan trágica, tan cruenta, se ventilan cosas más grandes, más amplias que la vuelta al punto de partida y el retorno al régimen democrático-burgués de la Republiquita de abril de 1931.

No se enteran, no quieren enterarse de que en el fragor de los combates y en el dolor de las desgracias se está forjando un mundo nuevo, que requiere valores nuevos y savia nueva nacidos de la entraña sangrante del pueblo mártir, ante el que para nada valen los falsos valores de la democracia pudibunda y ruborosa, por inadaptables a las ansiadas normas igualitarias de convivencia social a que aspiramos.

No ven, no quieren ver, que la derrota del fascismo será la derrota del régimen capitalista, con toda su secuela de vicios, corruptelas y morbosidades, entre las que se cuenta la plaga nefasta del señorito gobernante y del político profesional.

¡Pobres histriones de la arlequinesca farsa!...

Vuestro reinado ya no es de este mundo; y al seguir chapoteando por los mismos senderos, abrigando aún la esperanza de reconquistar vuestro vellocino de oro, sin apreciar ni valorar la grandiosidad histórica de la hora que vivimos, poniéndose a tono con ella, sólo demostráis la pequeñez de vuestro pensar y la ruindad de vuestro sentir.

Avenir D'Amor.

LOS INCORREGIBLES

Nuevamente dan señales de vida los que temiendo perderla ocultaron el cuerpo, al par que las intenciones, en los primeros meses de la guerra.

Y ya se permiten hasta el lujo de hablar y de criticar, dictando normas, prodigando consejos y erigiéndose en rectores de los destinos del pueblo, en mentores de las cosas de la guerra y en orientadores de la vida a seguir por la masa productora.

Batracios de la retaguardia croan con insistencia machacona en la laguna de la política diaria, gesticulan como simios, repitiendo las cuatro frases manidas y los varios tópicos ñoños de su repertorio

banal, al comentar las noticias de prensa en la tertulia del casino, y ponen el comentario ático de su idiocia picaresca a los balbuceos iniciados por el pueblo en su ansiada renovación social.

No se resignan a la postergación. No comprenden que la época de su pasado esplendor periclitó en julio. Pagados de sí mismos, ególatras por antonomasia, aún sueñan con lucir, brillar, sonar, volver a destacarse, a bullir, a representar, no importa qué papel, en la bufa comedia de la política, dispuestos a sacrificarse como antes, como siempre, con un alto cargo oficial que les facilite coche, recep-

ciones, banquetes, entrevistas, y, por consecuencia, ocasiones para pronunciar, con énfasis de «Padre de la Patria», sendos discursos engalados.

¡Son los incorregibles de siempre!

Han llegado a creerse nacidos para mandarines, y aún en esta época revolucionaria, apenas calmados un poco los ánimos y serenado a medias el mar de las pasiones, juzgan apropiado el momento para —¡oh, manes de Fénix!— renacer de su propias cenizas y saltar al palenque de la lucha dispuestos a disputarse un alto puesto con otros arrivistas, en titánica lucha de gladiadores de la intriga, de idéntica

Diversas categorías de ARTILLERIA

por el GENERAL CARDENAL



Tal como ofrecimos, hoy vamos a estudiar con detalle las CARACTERÍSTICAS PARTICULARES.

En Francia, las características particulares de las diversas artillerías quedan consignadas en la «Instruction sur l'emploi tactique des Grands Unités» y en la «Instruction sur le service en campagne de l'Artillerie», y no la reproducimos. Contentémonos con exponer algunas consideraciones relativas, sea a la maniobra de los fuegos, sea a la maniobra del material.

A) **Maniobra de los fuegos.**—Hay que hacer constar, ante todo y como observación de conjunto, que no deben clasificarse los diversos materiales con separaciones rígidas para cada cometido. Hay que evitar fórmulas rígidas, tales como: «el cañón de 7,5 cm. es el cañón de apoyo directo», o «el obús del 15,5 cm. sólo debe emplearse para destrucción», etc. Es cierto que cada categoría tiene como característica una misión principal, y así se consigna en los reglamentos citados; pero al lado de ellos se indican también aquellas otras misiones que dicha clase de artillería puede satisfacer, muchas de ellas de un modo satisfactorio.

Dice así el «Servicio en campaña de la artillería»:

«El Mando, para el empleo de las unidades que tiene a su disposición debe tener en cuenta la APTITUD que a cada material le confieren sus PROPIEDADES PARTICULARES.

«De las características que acaban de exponerse resulta la mayor o menor aptitud de los diferentes materiales para las misiones que incumben a la Artillería. Pero todo material de artillería puede, siempre que sea necesario, cooperar, aunque sea con reducida eficacia, al conjunto de estas misiones; el artillero no tiene derecho para permanecer inactivo, bajo pretexto de que no dispone de material adecuado al cometido que se le señala o al que exijan las circunstancias.»

El «Servicio de Campaña» no dice más; pues se dirige sólo a los artilleros. Pero dirigiéndose al Mando y a sus auxiliares precisa añadir, que al lado de esta buena voluntad exigida a los artilleros, debe existir por parte del Mando y del Estado Mayor que lo secunda, al lado del buen sentido que nunca pierde sus derechos, un conocimiento general del arma lo suficientemente profundo para que les permita no salirse del cuadro de sus posibilidades y de su utilidad de intervención. Así es que tomando ejemplos, ciertamente muy raros, pero no menos reales, de la última guerra, debe procurarse no ordenar que el G. P. F. (cañón de gran potencia Fillonx, de 15,5 cm.) tire a 12 ó 14 kilómetros sobre una patrulla de caballería, o prescribir que se prepare un tiro de artillería de gran potencia con objeto de destruir un objetivo ligero, móvil, de pequeñas dimensiones y situado a base de informaciones de prisioneros cogidos días antes, pero que sólo aproximadamente podían indicar su situación. Es preciso no ordenar que determinadas unidades consuman. SUCEDA LO QUE SUCEDA, todas las noches una cantidad de municiones cifrada en varios centenares de disparos por batería, hasta en alguna ocasión, por pieza.

Con tales medidas el Mando corre el peligro de desautorizarse, de provocar objeciones o de causar un prematuro desgaste de un personal que no descansa, de un material cuyo reemplazo no siempre es fácil, y de municiones cuya penuria puede acarrear gravísimas consecuencias.

Examinemos ahora, sucesivamente, las diversas clases de artillería:

Artillería ligera.—El cañón de 7,5 cm., calibre tipo de la artillería ligera actual, le corresponde el problema del apoyo directo, y el del acompañamiento inmediato de la infantería cuando no exista material adecuado, o en su defecto material de montaña. Es muy difícil definir exactamente los límites de ambas misiones. Ambas se efectúan en provecho de la infantería y tienen como finalidad abrirla el camino.

El apoyo directo es acción ordenada por el Jefe dentro del cuadro de conjunto de la maniobra, mientras que el acompañamiento inmediato es acción pedida por el ejecutante mismo durante el combate, acción que se desarrolla bajo la forma de misiones locales o instantáneas que exigen el envío rápido de un número de proyectiles generalmente limitado. El apoyo directo supone la centralización de un conjunto de medios que puedan en caso necesario completarse, reforzarse o apoyarse mutuamente, mientras que el acompañamiento inmediato supone una descentralización más o menos acentuada, procurando una rápida entrada en acción, pero con menor potencia. La artillería de apoyo directo cambia de posición, dando saltos amplios en el momento en que no puede ya seguir con sus fuegos el avance de la infantería: el escalón que está ejecutando el salto queda durante este tiempo sustituido en su misión por otro escalón, designado por el Jefe que manda el conjunto de la artillería ligera. La artillería de acompañamiento inmediato sigue lo más cerca posible a la infantería en su movimiento.

Si el cañón de 7,5 cm., bien con tracción hipomóvil o transportado sobre automóviles y dotado de algún tractor de orugas, constituye una artillería de apoyo directo muy aceptable, a pesar de su trayectoria tan tensa, insuficientemente remediada con el empleo de la carga reducida, preciso es confesar, por el contrario, que como material de acompañamiento inmediato es bastante defectuoso. Enganchado es muy vulnerable para las ametralladoras enemigas, a las que ofrece un blanco de grandes dimensiones y muy visible. Remolcado por un tractor, ciertamente es menos voluminoso, pero todavía bastante vulnerable. Una vez en batería, subsisten los mismos inconvenientes, quedando los sirvientes insuficientemente protegidos. Y podemos añadir que como la misión de acompañamiento inmediato se traduce con frecuencia en tiros a pequeña distancia (se han ejecutado algunos a 600 metros), la trayectoria tan tensa del cañón impide el poder desenfilarse o enmascararse. Por la misma tensión de la trayectoria puede ocasionar pérdidas en la propia infantería, y para evitarlas queda obligado a no tirar más que entre los intervalos de la línea avanzada de la infantería: además, y por el mismo motivo, tampoco puede batir un objetivo algo desenfilado.

Se ve, pues, cuán precario es el empleo del cañón de 7,5 cm. en misión acompañamiento inmediato, al menos cuando la resistencia del enemigo es apreciable. En tal caso, el cañón de 7,5 cm. corre el peligro de verse inutilizado antes de haber podido entrar en acción. Se concibe posible su empleo cuando la resistencia del enemigo es todavía poco sensible o bien cuando ha sido muy quebrantada; tal sucede en la toma de contacto, en el aprovechamiento del éxito logrado y en la persecución. Pero aun en tal hipótesis, el terreno desempeña un papel capital según permita la ocultación durante la aproximación, y así el acompañamiento inmediato toma un carácter intermitente, realizable durante un trayecto favorable, imposible de realizar a continuación si el terreno se descubre, volviendo a ser posible poco después, y así sucesivamente.

En cambio el material de montaña, especialmente el obús ligero, tiene excelentes condiciones para realizar el acompañamiento inmediato; sus cargas variadas le proporcionan una flexibilidad de trayectorias que le permiten ocultarse por completo; batir objetivos bastante desenfilados: es factible de ser transportado a brazo o en limonera, arrastrado por un solo animal. Sin embargo, su visibilidad es aún bastante grande, y en terrenos completamente abiertos su empleo sería muy difícil en la misión de que se trate, sino imposible.

En todo caso, allí en donde los fuegos de las ametralladoras contrarias dominan el terreno, sería de desear de disponer de una artillería blindada y automóvil, capaz de reforzar y prolongar.

(Continuará.)

EN LOS FRENTE DE TERUEL

Las siete virtudes de la

El Coronel Lacalle ha sabido granjearse la simpatía de todos los Jefes y soldados del frente de Teruel, que cubre la División "D".

Es algo contagiosa la simpatía desbordante que a su paso siembra este militar al servicio del pueblo. ¿Será el interés sin tasa que muestra por dotar a sus soldados de cuanto necesitan? ¿Estará acaso en sus palabras, llanas, lenguaje del pueblo, que no

se adultera al ser expresado por quien consiguió en brava pelea jerarquía militar?

No sabemos si será todo el carácter del Coronel Lacalle, el que imprime esa nota simpática a los detalles más nimios de su actuación. Lo cierto es que visitar los sectores que manda este Jefe militar es saturarse de optimismo ante la perspectiva de un triunfo que ya se vislumbra como algo definitivo.

Sinceridad

No conocíamos al Coronel Víctor Lacalle más que de referencias de su brillantísima actuación, antes y después del 18 de julio. Hombre perseguido por los que en las sombras fraguaban la conspiración ale-

vosa, seguía desde su retiro voluntario este militar de Ingenieros (del Cuerpo de Inválidos), la legítima convulsión popular contra sus tiranos. No conocíamos personalmente a Lacalle, pero a las cuatro palabras que cruza con nosotros se nos manifiesta como el prototipo de la sinceridad. Su afabilidad para con quien dialoga no puede ser el producto sólo de una educación social; es la manifestación natural de un carácter que parece haber venido a nosotros para hacer el bien por donde pasa. Pocos meses hace que Lacalle fué enviado por el Mando a este frente de Cuenca-Teruel, y ya se le conoce por sus obras más que por sus palabras. Con el periodista se muestra deferente, pero ante todo sincero. "No quiero—nos dice—que hagan de la División "D" vehículo de exhibición de sus jefes y oficiales. Por mi parte renuncio de antemano a que se hable de mi labor. Quiero, eso sí, que tra-

ten a los soldados con el cariño que merecen."

Y en pos de su sinceridad nos cuenta cómo visitó el otro día un sector del frente, y cómo, al pasar revista a las tropas, quedó emocionado profundamente ante el comportamiento de los muchachos. Les pregunté—continúa diciéndonos—si necesitaban algo, si estaban escasos de ropa, de alimentos, de permisos, de esas cosas que siempre son acicate de nuestros luchadores, y, a una, me respondieron los del grupo a quien hu- be de dirigirme: "Mi Coronel, lo que queremos son armas. Nos sobra de todo menos eso. Armas y una orden para demostrar adónde somos capaces de llegar, conducidos por nuestros queridos jefes."

Y como esta respuesta, re-

bosante de sinceridad, era la respuesta viva de un pueblo mil veces heroico, hube de impresionarme tanto, que les respondí: "Hago mía, muchachos vuestra demanda. Lo mismo que vosotros habéis hablado a vuestro Jefe, yo contestaré a mis superiores cuando se me pregunte si necesitan algo los de la División "D".

Mando

Es obligada la visita. No importa que las nubes nos amenacen con una tormenta cercana. Pero el periódico de la "D", LIBERTAD, tiene una magnífica ocasión de adentrarse en los secretos del



El coronel Víctor Lacalle



José Villanueva, el Comisario de División.

INFORMACIONES DE ACTUALIDAD

División Autónoma "D"

Alto Mando, de dejarse llevar por los recovecos que frecuentan los Jefes de Estado Mayor.

Yubero nos estimula al reportaje, tirando foto tras foto de cuanto ve. Todo es agradable a su objetivo. Manolo Salgado y Juan Torres facilitan nuestra labor, presentándonos a los jefes y oficiales de la División. José Villanueva, el Comisario de División, no le va en zaga en el concierto de atenciones para con los representantes del periódico órgano de la "D".

¡Lástima que mucho de lo que aparece a nuestra vista tengamos que silenciarlo! Pero es algo maravilloso. Es el orden perfecto en un Cuartel General. Baste, pues, para

descargo nuestro, que aquello es algo de precisión matemática; todo orden, todo ritmo. En aquella habitación, donde los hilos invisibles de la técnica militar mueven la actuación bélica, en centenares de kilómetros de radio, tienen una expresión de milímetros en los planos ilustrados de que disponen el Coronel y su Estado Mayor. La distribución de las distintas dependencias, obra de Lacalle, semejan una oficina de marcado sabor norteamericano. Cada cosa en su sitio y un sitio, el preciso, para cada cosa. Lo del tiempo es oro, palidece en los servicios que admiramos; todo lo que vemos supera al valor del aurífero metal.

Disciplina

—¿Qué te parece todo esto?

—Un modelo de orden y disciplina.

—¿Quién lo diría, verdad, hace unos meses?

—Yo siempre confié en las Milicias Confederales.



Los planos militares cuidadosamente estudiados, constituyen la atención constante de los mandos.



La vanguardia y la retaguardia tienen un denominador común.

—En cambio, no faltaba alguien interesado en destacar lo contrario, cuando hablaba de Cuenca y de los frentes de Teruel.

—Pero la realidad es ésta que ves.

—¡Ese Batallón que manda Gimeno es algo serio! Puede contestar a los que no supieron callar a tiempo, mejor que todos nosotros. El otro día, sin ir más lejos, dió una prueba de su disciplina inimitable. Llegaron los jefes a una hora poco agradable para el descanso del soldado; se ordenó una revista, y ¿cuánto tiempo crees que tardó el Coronel en tener delante a todos los hombres en correcta formación? Pues nada más que un cuarto de hora.

—¿Quién pudiera soñar esto hace unos meses?

—Del pasado más vale no hablar.

La conversación merecía un reportaje. Fué una estampa viva de la moral y la disciplina de la "D". Esa División, que entre jefes compe-

tentes y comisario escrupuloso, está llamada a colocarse en cabeza de nuestro heroico Ejército Popular. De ello tienen buena parte en el éxito Lacalle y Villanueva.



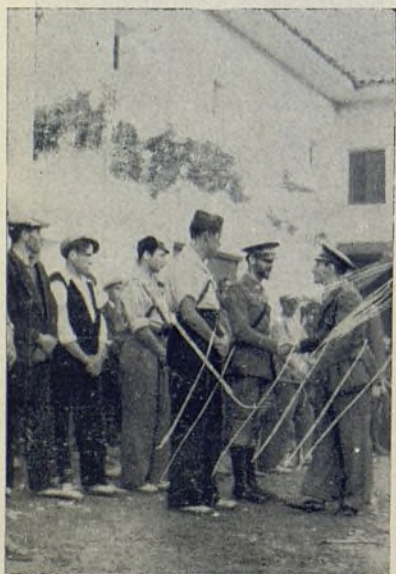
Octavio León, Comandante de la 59 Brigada.



En el patio del cuartel, se celebra un acto emocionante,

Héroes

Maximiliano Artacho y Aureliano García, dos oficiales marinos mercantes, están en el frente, llevando a los héroes de tierra el saludo de los no menos héroes del mar. Pertenecen a la dotación del "Guecho", uno, y del "Andutx-Mendi", otro. Desde el principio del movimiento han venido prestando valiosos servicios al pueblo en armas. Los relatos de sus viajes a tierras lejanas, en busca de armas para los combatientes, formarán en su día uno de los capítulos más interesantes de esta epopeya gloriosa nacional. Las vicisitudes de unos heroicos marinos, navegando



La cordialidad moneda corriente en el cuartel

entre buques alemanes e italianos que espiaban sus pasos, cargados con materias fácilmente explosivas e inflamables, y lo que aun era más peligroso, teniendo pendiente de su pericia la vida de millares de hermanos combatientes que en tierra aguardaban, entre la metralla enemiga, la llegada de tan precioso material para dar el castigo merecido a los asalariados del fascismo internacional. Los oficiales, primeros maquinistas, que están en Teruel, fraternizan con los soldados, les animan a seguir la lucha, comprueban la moral de los que habrán de ser depositarios de nuevas remesas, y de paso relatan pasajes emotivos de sus travesías, ilustran a sus hermanos de cómo piensan en el extranjero de nuestra gesta, de cómo en unos sitios se les recibe afablemente y cómo en otros no se les permite desembarcar al tomar puerto. Cuentan cómo en sitios donde se obligaba a quemar toda la propaganda libertaria que iba a bordo por las autoridades del puerto extranjero que tocaron, a los dos meses, en nuevo viaje, se organizaron actos en honor de los marinos españoles. La conciencia mundial va acercándose a la gesta del pueblo y comprenden, al fin, la canchalesca posición de los traidores. Ven, además, que la fortaleza estriba en nuestra ra-

zón, y que nuestro heroísmo nos dará la victoria, y comienza a reconocer al único Gobierno legítimo, y tratar como "civilizados" a los que de esta tierra visitamos sus puertos, cumpliendo un sagrado deber de lucha por la independencia. Pero todo esto, ¿a costa de qué? De muchas noches de insomnio, escrutando el horizonte para sortear la piratería enemiga y el espionaje traidor de naciones confaluladas con los enemigos del pueblo español. Muchas jornadas de travesía

sin un cañón de defensa, y a veces sin un aparato transmisor de radio para casos de inminente peligro. Dejando tras de sí una estela de heroísmo. Así luchan estos compañeros, Maximiliano Artacho y Aureliano García, bilbaínos de cepa, que hoy visitan a los combatientes de Teruel, llevando hasta ellos la confianza en la victoria. ¡Si pudiéramos decir mucho de lo que estos héroes del mar han contado a los soldados de tierra! ¡Aquel episodio de la entrada del Bósforo!...



Maximiliano Artacho y Aureliano García, de la dotación del Guecho

Convivencia

La guerra civil tiene tantos aspectos "sui generis", que es imposible separar la guerra de la paz: la vanguardia y la retaguardia. Así, pues, entre plano y plano, entre objetivo y maniobra, los militares tienen que alternar resoluciones trascendentales de convivencia entre los soldados y la población civil. Unas veces, en la ciudad, dictando órdenes severas para que la tranquilidad no se turbe con incidentes; otras, en el campo, para que el labriego no recede de los que tienen que comportarse con dureza. Es así como la garantía más eficaz de una

buena dirección militar estriba en que, como en el caso de la División "D", se hermanan los técnicos con los sociólogos. Lacalle y su Estado Mayor están saturados de humanismo y comprensión. A continuo es el Coronel quien, de su peculio particular, sale a nivelar situaciones precarias de la economía de sus soldados. En cierta ocasión el beneficio alcanza a la viuda de uno de nuestros soldados, a quien se le entregan mil pesetas. A veces, como un caso reciente, es el donativo colectivo de 15.000 pesetas para dotar de ropas a los soldados

en tanto llega el suministro de Intendencia. Y lo que más interesa es la relación con los que en la retaguardia cooperan al abastecimiento de los que luchan. Para llevar a cabo con éxito esta relación hacen falta prudencia y generosidad. Se requiere que cuando se posean 4.000 cabezas de ganado se distribuyan como como a c a b a de hacerlo el Mando de la "D"; el ganado de cría ha sido entregado a los campesinos del contorno para que cuiden de su reproducción, y una parte considerable la entregó a los campesinos, cobrando éstos a Intendencia el valor de lo que van proporcionando para el consumo de la tropa. Estimar así el derecho de conquistas cuando los que rodean a los soldados son sus hermanos,

Episodio

No queremos regresar sin un episodio guerrero. El más destacado—en él coinciden todos los elogios que recogemos—fué en el gestado por el Comandante de la 59 Brigada, Octavio León. Fué allí en Egea de Albarracín. El relato no pudo ser más sintético. Una operación, en la que sólo toman parte tanques y artillería. Sin el concurso de la infantería tomó la célebre "Batería del Siete y Medio", famosa de antaño en la Sierra, el pueblo de Egea. Octavio León hizo entrar a sus piezas, triunfantes, en las alturas de Albarracín. Y Octa-



El desfile, ante el jefe de la Brigada, es un cuadro lleno de color bélico.

Revista

El colorido se abre paso entre la lluvia. En el patio de un antiguo molino, el Comisario Villanueva dirige la palabra a los nuevos reclutas. La quinta del 31 trae al cuello los vivos colores de sus afanes revolucionarios. Pero el Comisario de División sólo pronuncia una arenga militar. Nadie habla de matiz político. Sólo se habla de la guerra, del fascismo, de la disciplina, del honor popular, mucho más elevado que el falso honor de los que deshonraron el uniforme lanzándose contra las libertades del pueblo. Un viva antifascista resuena. Todos los mozos, erguidos, dirigen

su mirada hacia el portalón de entrada. El cornetín anuncia la llegada del Coronel Lacalle, que va a revistarlos. El Coronel se apodera de la voluntad de todos. Les habla; éstos contestan con la sonrisa estampada en sus curtidos rostros de labriegos. La medida disciplinaria de "sólo cobra el que trabaja" tiene su expresión en la lista que pasan, uno a uno, los soldados ante el habilitado y estando presentes sus jefes. Lluve. Ha granizado fuertemente. No nos habíamos dado cuenta hasta que terminó el acto de la revista de las tropas. El deber atrajo a todos hacia el lugar de la cita. La lluvia, que cala uniformes y bendice a un pueblo heroico, deja paso aun arco iris perfecto. Al fondo, entre riscos, un objetivo: TERUEL.



En el despacho del correo, a diario, se compenetrán las decisiones acertadas.

es ganar una de las guerras más preñadas de idealismo que registra la Historia. La limpieza de nuestro Ejército Popular asombrará al mundo cuando conozca en las condiciones que aquél actuó y la capacitación que para cimentar la victoria adquirió en la gesta revolucionaria. Guerrrear es escuela de ideales, pero también práctica de convivencia social. Son dos virtudes paralelas en nuestra gloriosa lucha a muerte contra el fascio.

vio León, antes del 18 de julio, no soñaba con tal hazaña bélica. Era taxista. Lo llevó a la guerra su espíritu combativo por la revolución. Del Rosal lo hizo capitán; estuvo con Mera, con Arderius; sus actos le valieron los ascensos. Hoy es Comandante de Estado Mayor, y, con tantos otros héroes salidos del pueblo, un artífice más de la victoria de nuestro Ejército. También en su día se hará la historia de la famosa "Batería del Siete y Medio",



El paso de la bandera, da ocasión a esta, respetuosa actitud de todos. (Fotos Sáenz de Ancos).

DISCIPLINA

Hace ya meses que la palabra "disciplina" martillea nuestros tímpanos como una cantinela interminable.

En los frentes y en la retaguardia, lo mismo ante militantes de las organizaciones que ante profanos de ideologías, por esta dificultad, o a continuación de aquel desastre, la frase se repite como un estribillo isócrono, monótono, taladrante... ¡Disciplina!... ¡Disciplina!... ¡Disciplina!...

Y la palabra consigna, como uno de esos ungüentos cuyas excelencias ponderan para su lucro los charlatanes de plazuela, llegó a ser el curatodo de nuestras penurias de vanguardia y nuestras negligencias de retaguardia, al tomar cuerpo y carta de naturaleza, imponiéndose como artículo de primera necesidad para ordenar en parte y articular en forma el triunfo en la guerra.

Al conjuero de la frase lapidaria, como ante el "sésamo, ábrete" del Aladino oriental, las masas de combatientes espontáneos se organizan y convierten en batallones y brigadas, improvisando un ejército aguerrido y ejemplar que causa la admiración y el respeto de propios y extraños.

Y nosotros, los antiguos indisciplinados, los sempiternos antimilitaristas, convencidos de las necesidades de la guerra, somos

de los primeros en responsabilizarnos y exigir a nuestros compañeros que, además de tales, fueran soldados y que como tales obren, obedeciendo, respetando y acatando las órdenes de los mandos.

Nuestros milicianos, convertidos ya en soldados del Ejército regular del pueblo, sin llegar a ser, como antaño, entes sin criterio o autómatas sin voluntad ni personalidad, escatan, respetan y obedecen cuanto hay que respetar, y obedecer, y acatar, convencidos de que ello es necesario.

Ya la palabra "disciplina" se ha hecho familiar, interpretándola, más que con la vista puesta en tal o cual reglamento o código, en el sentido del deber de la autoresponsabilidad. Un puesto para cada hombre y cada hombre en su puesto. Todos con un derecho y cada uno con una obligación formando conjunto.

El imperativo de la hora apremiante creó el afán de cada día y la labor de uno, y otro, y muchos días, lubricada por el ansia de combatir con eficacia para vencer a la bestia fascista ha realizado el taumaturgico milagro de transformar la entelequia de la palabra "disciplina" en visible y palpable realidad.

Pero... llegados a estas alturas,

en que nos vanagloriamos de lo hecho, sin olvidar lo que aun queda por hacer, hemos de reconocer que a medida que aumenta y se consolida la disciplina, disminuye en calorías el fervor y el entusiasmo combativo de nuestros primeros meses de guerra.

La seriedad ha traído aneja, como una sombra letal, la frialdad.

En nuestros hombres, todo desinterés y abnegación, va fincando el cálculo materialista y ganando terreno la conveniencia.

El egoísmo y la ambición, como taras mortíferas del fenecido régimen burgués, retoñan entre las pretensiones de ascensos, logros de categorías y conquistas de puestos representativos...

Y entre la tropa, en las filas anémicas de nuestros voluntarios, la plaga de la empleomanía extiende su sombra de manzanillo en forma de instancias, de solicitudes, de petición de traslado o ingreso en Carabineros, Guardias de Asalto, Policía, etc.

Lo oficial privando sobre lo ideal. El escañón de cualquier Cuerpo del Estado como señuelo o meta para la conquista de la Jauja particular, que antes con el fusil o la escopeta y en el anónimo más altruista queríamos alcanzar en sentido colectivo.

Y ante esta corriente, que, aunque lo disimulemos, contemplamos los románticos de siempre con nostalgia y pesadumbre nos preguntamos o, mejor dicho, se preguntan muchos: ¿A qué es debido esto...?

cada uno piensen en su antigua vida de jornaleros, de asalariados, a la que no quieren volver, y procuren que esa "incertidumbre del mañana" por el pan de cada día desaparezca, colgándose a la siempre ubérrima ubre del Estado con un destino, cargo o representación oficial.

De esto resulta que mientras más confianza se tiene en ganar la guerra, gracias a la gigantesca obra que representa la creación de nuestro ejército saturado de "disciplina", más desconfianza existe en el triunfo de la revolución.

Y "esto" no debe, no puede ser, no será.

Contra esa corriente castradora tenemos que reaccionar todos, enérgica y virilmente, hasta lograr que tal ambiente enrarecido, mefítico, desaparezca al oxigenarlo con los aires salubres de nuestra fronda revolucionaria.

¡Fuera esa desconfianza enfermiza de febles valetudinarios! ¡La revolución está en marcha y nada ni nadie podrá detenerla! ¡Por encima de todos los intereses de partidos, nuevas clases o recientes castas, está el ansia manumisora y liberatriz del pueblo en armas que representa nuestro ejército!...

¡Anarquistas, socialistas, comunistas, hijos todos de este mismo pueblo que trabaja, que lucha y que muere por la misma causa redentora, hemos de acortar nuestras distancias y entendernos, a pesar de los pesares, para que la sangre derramada a caudales por las ciudades y los campos de nuestra España martirizada no sea estéril y florezca en rojas amapolas de liberación definitiva!...

¡A desecher pesimismo, por fundados que parezcan! ¡Vayamos decididos a la idealización de esta guerra, que será, que es, "nuestra guerra", la guerra de los productores, la guerra del pueblo trabajador contra el capitalismo parásito, el clericalismo ancestral y el militarismo acéfalo y sanginario, la guerra social que el mundo contempla absorto, y la historia, atónita, registra en sus fastos como el ejemplo señero para la nueva Humanidad!

Y vosotros, compañeros de los primeros días, camaradas de las guerrillas primeras, hermanos de las horas amargas, todos cuantos luchamos gozosos, aunque casi inermes, electrizándonos con el jubilo exultante de ¡Viva la revolución social!, no desanimaros porque carezcáis de graduaciones, galardones o número de antigüedad en un escalafón oficial...

Si con la disciplina militar que hemos aceptado, que nos hemos impuesto, hemos de ganar de ganar la guerra, con la disciplina moral de las ideas amadas ganaremos también la revolución que garantice el pan y la libertad a todos y cada uno.

Pedro LOPEZ CALLE

Fundamento de la Victoria



El ataque. Ágil en su pesada corpulencia, arrastra la paradoja de su eficacia, con una certera y móvil precisión, escalando obstáculos y avanzando siempre, llevando en su vientre, afanes de triunfo mal contenidos.

Fundamento básico del triunfo, esta máquina de guerra, lleva a todos los soldados del pueblo, una satisfacción íntima. La de la especial colaboración.

Se ha dicho a son de bombos y platillos que "lo primero es ganar la guerra", dejando para después el hacer la revolución.

Esta consigna ha despertado en los combatientes la incertidumbre del mañana.

Y los camaradas de las trincheras, por añadidura, han visto que en la retaguardia miles y miles de antiguos obreros, como ellos, se uniforman al servicio del Estado, en diferentes Cuerpos, y perciben sueldos fijos, superiores en demasía a los suyos, sin sufrir tan a diario las privaciones y fatigas de los frentes. Han contemplado cómo el honrado comercio especula y se enriquece con la guerra, a ciencia y paciencia de todos, renunciando los antiguos usos y costumbres del viejo o nuevo señorito, y que la revolución igualitaria, demolidora de lo arcaico y constructora de la sociedad soñada se estanca, se paraliza, pierde posiciones y transige, flaquea, se doblega, se amolda a los legalismos burocráticos, el trámite, al papeleo, a casi todo aquello que era esencia y representación del régimen burgués, que se supuso aniquilado al iniciarse la derrota del fascismo.

Y el instinto de conservación reacciona, haciendo que todos y

Ayuntamiento de Madrid

A TODO TRANCE HAY QUE HACER LA UNION

Diez meses de guerra, y diez meses que la Organización Confederal y Anarquista lleva proclamando la unidad de los trabajadores, sin que los dirigentes de las demás Organizaciones y partidos políticos se den por aludidos al escuchar su voz demandando la unión, esta unión tan necesaria para todos los trabajadores que se precien de tal, evitando con ésta muchas luchas intestinas tan perjudiciales para ganar la guerra a muerte que sostenemos el proletariado español y el fascismo internacional.

Las Organizaciones Confederal y Anarquista, haciendo dejación de sus principios básicos y cumpliendo con el deber ineludible que tiene de abatir al fascismo, enemigo directo de los trabajadores, ya que lo encarnan las clases privilegiadas enemigas de toda cultura y libertad, propugnó hace diez meses y viene propugnando la necesidad imperiosa que hay de establecer la unión entre todos los trabajadores de las distintas ideologías que luchan contra el fascismo no sólo en las avanzadas, sino en la retaguardia.

El Ejército Popular nació sin experiencia el 19 de julio, pero dando muestras de un valor y de un ímpetu arrollador, lo que valió para que derrotáramos a los militarotes; pero una vez ya que teníamos que enfrentarnos con un ejército, si no valiente, sí cargado de armamento y disciplina rígida, lo que nos sirvió para que nos diéramos cuenta perfecta de que en esas condiciones era de todo punto imposible seguir luchando, unas retiradas bastaron y con ellas el acercamiento del enemigo a nuestro Madrid glorioso, para que el Gobierno, nunca mejor llamado de la Victoria, para que se formara el Ejército Popular más potente del mundo (y si no véanse las derrotas de las divisiones completas alemanas e italianas).

El Ejército Popular se creó militarizándole, porque era una necesidad imperiosa para ganar la guerra que se nos había planteado, y el proletariado español, y junto con él las Organizaciones Confederal y Anarquista, se apartó de sus principios y acataron unos y otros la militarización, ya que sin ella no obtendríamos más que derrotas y fracasos que lamentar, junto al derramamiento de sangre inútil que sobrevendría con ellos.

En las trincheras se formó la unión, la unión indestructible de verdaderos hermanos que luchan por un mismo fin, sin mirar si el compañero de parapeto era anarquista, si comunista o socialista; todos eran antifascistas. ¡Cuán diferencia de la retaguardia!

Aprended vosotros, emboscados de la retaguardia, que no demostráis tener ni un ápice de hombres, ¡aprended!, os digo, y pensad en lo que vale la orden lanzada por el Gobierno de la Victoria. NO MALTRATEIS NI DE PALABRA NI DE HECHO A LOS PRISIONEROS: RESPETAD SUS VIDAS, y sus vidas son respetadas por todos los combatientes, aun cuando sabemos todos los que estamos en las avanzadas que ellos nos disparan, causando bajas a nuestros hermanos.

Si hacemos eso los luchadores de los distintos frentes de combate, ¿por qué vosotros sostenéis esas luchas intestinas, causando bajas a nuestros mismos hermanos, y no gastáis ese coraje en hacer la unión lo más pronto posible? Y después que la tengáis hecha, si queréis gastar balas en bien de España, de esta España espejo del mundo, marchaos a un frente, y allí tenéis campo donde poder gastarlas, afinando la puntería para no malgastar ninguna y causar bajas, no a nuestros hermanos, sino a nuestros enemigos.

Diez meses, como dije antes, sin conseguir la alianza de los trabajadores en la retaguardia; diez meses que no habéis podido conseguir nada, y esto por culpa de algunos que tienen un interés grandísimo en que España no quede libertada de las garras sangrientas del fascismo internacional, para poder seguir disfrutando del momio de la República, con su política chantagista, y he ahí el por qué estos individuos se oponen a que las dos Organizaciones Sindicales hermanas se unifiquen haciendo la alianza.

Pero dejemos, hermanos combatientes, a esos saboteadores de la guerra y la Revolución, que ya les iremos conociendo sus chantajes y les escupiremos al rostro, ya que es lo único que se merecen.

Ahora, luchadores de las trincheras, hermanos de la retaguardia, que lucháis por establecer la unión de los trabajadores, sólo dos consignas:

Vosotros. HACED LA REVOLUCION.

Nosotros. GANAR LA GUERRA.

VIVA LA UNION DEL EJERCITO POPULAR.

VIVAN LA U. G. T. y la C. N. T. UNIDAS.

Comisario del 1.º Batallón de la 61 Brigada.

Los camaradas del frente no limitan sus aspiraciones a una República burguesa.

La guerra, la violencia no produce civilización, sino barbarie, esclavitud, odio, miseria; oprime al vencido, embrutece envilece al vencedor. No hay más guerra santa que la hecha para libertarse de la opresión.

No hay más violencia justa que la que rechaza la violencia.

LA MORAL DEL COMBATIENTE DEL ARMA DE INFANTERIA



La Infantería es el arma encargada de la misión principal y en provecho de la cual deben actuar todas las demás.

Es el arma completa, pues es la única apta para luchar en toda clase de terrenos, tanto de día como de noche y sean cualesquiera las circunstancias atmosféricas.

Su acción está limitada por el alcance eficaz de su armamento, teniendo por tanto una mayor aplicación en el combate próximo, que es el verdaderamente decisivo.

La Infantería tiene una gran potencia de destrucción sobre el personal no protegido; una actitud particular para el movimiento, pues puede marchar por toda clase de terrenos, avanzar en formaciones diluidas, utilizar los accidentes del terreno, plegarse al mismo y organizarse. En cambio, su movimiento es lento, y su potencia de destrucción contra los obstáculos materiales es limitada y pequeña contra personal protegido.

En la ofensiva, conquista, ocupa y conserva el terreno. En la defensiva, es el baluarte en el que se estrellan las fuerzas del adversario, constituyendo el esqueleto del dispositivo de la defensa.

Sus posibilidades de fuerza son inferiores a las de la Artillería; las del movimiento, fuera del campo de batalla, son menores que las de Caballería; pero ofrece, en cambio, un equilibrado conjunto de capacidades medias, que la permiten, en caso preciso, combatir con sus propios elementos y recursos.

Su gran capacidad defensiva la permite, aun con sus so-

los medios, conservar el terreno conquistado.

Desde el punto de vista defensivo, y contra organizaciones tortuocadas continuas bien defendidas por fuegos bien combinados, requiere normalmente el apoyo de una potente Artillería; pero contra organizaciones defensivas discontinuas, con fuegos mal combinados, o en el combate de encuentro, una buena Infantería maniobrera puede efectuar el ataque y progresar, aun sin el auxilio de sus carros, y en parte del de la Artillería, merced a la potencia del armamento del cual debe de estar dotada.

Necesita la Infantería ser maniobrera, lo que exige saber emplear con máximo rendimiento sus medios de fuego; estar adiestrada en la utilización del terreno y persuadida de que el éxito depende de la definitiva y principalmente de la moral de sus hombres, la que se aumenta considerablemente por el empleo del material.

La moral del combatiente de Infantería es uno de los factores más importantes en la lucha, puesto que, por hallarse constantemente en la zona de combate, la fatiga, privacio-

nes y penalidades son más inmediatas, mayores y continuas que para sus camaradas de las demás Armas. Su modo de combatir le aísla y sustrae a veces de la vigilancia de sus jefes; la misión ruda y gravosa que le incumbe, exige un espíritu de sacrificio y una abnegación llevadas hasta el último límite. Unido todo ello a que sufre las pérdidas más elevadas, hacen que sea el Arma que se desgasta más rápidamente, por lo cual sus jefes han de procurar ahorrarle fatigas injustificadas—evitando movimientos inútiles, esperas prolongadas, contraórdenes, y, en general, todo aquello que pueda engendrar dudas en el compañero combatiente—y exaltarle su moral.

La valía de la Infantería se funda en las virtudes guerreras de la raza, exaltados por el patriotismo y el sentimiento del honor, y depende en una gran medida de las cualidades de los jefes que la hayan preparado intelectual, moral y físicamente para su dura misión, y la haya de mandar y conducir en el combate.

El Delegado político de la 2.ª Compañía, 2.º Batallón, 61 Brigada, División D.

La Agrupación Autónoma y su disciplina

EL CORONEL LACALLE PASA REVISTA A LAS QUE FUERON MILICIAS CONFEDERALES

(De nuestro corresponsal en el frente A. F. Piñera)

Procedente de Cuenca llegó el día primero el Jefe de la Agrupación Autónoma Coronel Lacalle, en unión del Comisario de la División, «D», compañero Villanueva, y de los marinos que les acompañan en su visita, quienes pasaron revista a las fuerzas del Segundo Batallón de la 59 Brigada Mixta (antiguo Batallón confederal de Mora).

En el acto estaban presentes los compañeros Vicente Gimeno Gomis, Mayor jefe del Batallón; Sigfrido Canut, Comisario de la Brigada; Donato Nombela, Jefe de Sanidad y otras autoridades y militares.

Dadas las ordenanzas de ri-

gor, las tropas desfilaron con gran brillantez, al mando del Comandante Gimeno, ante la admiración del Coronel Lacalle, autoridades y gentío que presenció el desfile, terminando éste con unas breves y emocionantes palabras del Jefe de la Agrupación, expresadas en los siguientes términos:

—¡Salud, compañeros! Aquí os presento a los marinos que os traerán las armas.

El saludo del Coronel fué correspondido con enorme júbilo por todos.

Preguntado el Coronel Lacalle acerca de la moral de las tropas, manifestó que se mostraba satisfechísimo de que las

que fueron Milicias Confederales se encontraban tan disciplinadas como ninguna otra, alentando a los compañeros soldados, diciéndoles: Continúa vuestra marcha triunfal. Que el nuevo Ejército del Pueblo aplaste a la «plebe» fascista.

Durante el saludo que el Coronel dirigió a los soldados, a muchos de éstos se les llenaron los párpados de lágrimas al ver que por fin iban a estar dotados del armamento que con tanta ansia venían solicitando desde que se encuentran en el frente de Teruel.

Al despedirse el Jefe de la Agrupación Autónoma, felicitó fervorosamente al Jefe de las fuerzas por lo bien disciplinadas que tiene a las mismas.

Acto seguido partió con dirección a Cuenca, en unión del Comisario de la División y de los marinos.

* * *

Hora es ya de que las extinguidas fuerzas confederales se viesen dotadas del oportuno y necesario material guerrero, levantándose el boicot que tan descaradamente se las había declarado.

¿Se dan cuenta ahora los «controlados» de lo que son las Milicias Confederales?

Hemos admitido la militarización y la cumplimos a rajatabla, y cuando llega el caso damos el «pecho» como los buenos.

¡Venga armamento, que aquí están los valientes muchachos de la 59 Brigada, a dar su última gota de sangre en favor del triunfo del proletariado español!

¡Adelante, bravos luchadores de la F. A. I.! ¡A por la victoria del pueblo!

¡Firmes en vuestros puestos!

¡No hacer caso de lo que ocurra en la retaguardia!

¡Más actividad en los frentes, y el triunfo es nuestro!

¡Viva la alianza revolucionaria!

Frente de Teruel, junio de 1937.

A los soldados del Ejército Popular.

Compañeros: Estamos en un período de lucha encarnizada contra los enemigos de la libertad, que acabará con nuestro triunfo. Digo que acabará con nuestro triunfo, si todos ponemos, no un poco, sino lo que podamos de nuestra parte, porque nos jugamos nuestro porvenir y nuestra libertad.

El fascismo es un estado de opresión, donde sólo tienen libertad los curas, el ladrón y el capital asesino; mientras que los hombres honrados y de ideales sanos serían deportados a campos de concentraciones, donde la juventud no tendría otro patrimonio que el dolor y la miseria.

Con el triunfo del fascismo obtendríamos las represiones brutales, se cerrarían para la juventud las Universidades, Institutos y demás centros culturales, mientras que se abrían de par en par las puertas de las cárceles, prisiones y campos de concentraciones.

Con el fascismo obtendríamos los jornales de hambre; la esclavitud, en una palabra. El estado fascista es el estado de la opresión. Por eso luchamos contra el fascismo, por nuestra emancipación total.

El fascismo es la fiel interpretación del crimen y de la barbarie; así lo demuestran los canalleros y cobardes bombardeos sobre poblaciones civiles e indefensas, matando a seres inocentes.

El soldado del pueblo lucha por su libertad, y no ya sólo por la suya; es mucho más generoso: lucha por los suyos y por la Humanidad entera.

Compañeros, una sola consigna: ¡ADELANTE!

¡Viva la Libertad!

Ramón Montoya.

Brigada 60, 4.º Batallón de la 1.ª Compañía.

¡¡ DOLOR !!

El soldado que aprendió a escribir...



Dolor, mucho dolor; ternura, amor, es lo que puede verse, lo que se ve en este grabado; es lo que el artista quiso reflejar.

Ternura, dolor y amor maternos inigualables en expresión y sentido exaltados en estos días de heroísmo y sacrificio para el pueblo español, para este pueblo nuestro que está escribiendo la página de Historia más brillante que se escribió en nuestro suelo desde la gesta de Numancia.

Amor, dolor, ternura y recelo. Recelo; sin duda el dibujante quiso expresarlo también. Recelo sin límites ni fijezas de color. ¿Qué nuevo dolor le esperará a éste, a estos hijos de hoy? ¿Qué moderno

Moloch destruirá sus miembros, desgarrará sus vientres o sus pechos? ¿Qué deidad maligna o en nombre de qué confesión serán de nuevo sacrificados? ¿Es que no hemos ganado ya el derecho a la tranquila y prometedora madurez para estas criaturas nuestras?

Contéstese cada uno. Y si respondemos que sí, hagamos todos los esfuerzos de nuestra parte para que ese temor y ese recelo de las madres de hoy no tenga cumplimiento, veamos que no pase de puerilidad y podamos sonreírles gozosos, abrigados de todos los temores.

Luengo.

¿Quién supiera escribir! La cita, del poeta, estaba siempre en lenguas de Gabriel González García, desde que comenzó la guerra. ¿Quién supiera escribir! era el estribillo de sus atanes ocultos, de su enemiga a la ceguera en que le tuvieron los que hoy se levantan en armas a título de una cultura que ellos no han sabido más que pisotear. Porque casi tanto como domar al enemigo, puede a temperamentos como el de este soldado ejemplar el deseo incontenido de expresar sus sentimientos en momentos en que éstos están inspirados sólo en un elevado concepto de la dignidad social.

Así que para el compañero Gabriel fué un motivo de honda satisfacción el que la Escuela cultural de su Brigada llevara hasta él los efluvios de un ansia de saber para quebranto intenso del analfabetismo.

Asistió a la Escuela desde los primeros momentos. Le maravillaba la claridad meridiana de las explicaciones del Comisario de su Batallón, Francisco Aguilar Aguilera. El verso esperanzado del poeta de las bellas, se convirtió en Gabriel en una afirmación rotunda. ¡Yo aprenderé a escribir!

La voz del Comisario se alzó, entre el grupo de los alumnos, una buena tarde. «Se concederá un premio de 25 pesetas al primer muchacho que aprenda a escribir su nombre correctamente en menos tiempo.»

Gabriel González apretó con fuerza entre sus dedos toscos la pluma que iba garrapeando el abecedario, y comenzó a escribir con más ahínco que nunca.

Al tercer día de la encuesta le llevó al Comisario una carta fácilmente legible, en la que su nombre y sus apellidos lucían con caracteres definidos.

—Vaya el premio, muchacho. Te lo has ganado.

Y el soldado, que elevó por un instante el grado de superación de esa ejemplar Escuela de cultura en el frente, paladeó la satisfacción de haber aprendido a escribir su nombre en corto plazo.



DEFENSA DE MADRID

Siete meses largos de lucha en las cercanías de Madrid. Siete meses los hombres clavados en los parapetos, hundidos en el barro de las trincheras, disparando sin cesar los fusiles contra las hordas rifeñas, teutonas o italianas que pretendían ganar el corazón invencible de nuestra ciudad. Toda una epopeya homérica, escrita con sangre de proletarios españoles y estampidos horribles de dinamita en los barrios cercanos a Madrid. Carabanchel, Usera, la Casa de Campo, la Ciudad Universitaria, El Pardo han sido testigos de millares de hazañas. Símbolo y compendio de todas es una ciudad desgarrada y firme, ametrallada y entera, que a los siete meses lanzó al espacio su grito de triunfo. Souto, dibujante y pintor de hoy, ha fijado en este grabado un aspecto de esa lucha: un parapeto, donde los hombres forman la muralla de corazones que cierra el paso al fascismo.

IMPRENTA DE MILICIAS CONFEDERALES

Ayuntamiento de Madrid